



La calle Ricoma es la calle de estructura más religiosa de nuestra ciudad. Su orientación y situación recta, de Sur a Norte, a la Iglesia, hace que cuando transitamos por la misma deseemos que la reconstrucción del Templo sea idéntica a dicha calle, tal como podemos apreciar en las presentes fotografías: divisan la Iglesia desde lejos, no parar, rectos siempre, hasta tenerla frente a nosotros como algo tangible y palpable.

(Fot. Colomer Margués)



A Iglesia de nuestros antepasados no existe. Aquella síntesis de la civilización cristiana construida por el pueblo unido por todos los estamentos, reflejo de la perfección social a que se llegó en los siglos de la Edad Media, fué destruida. Una raza noble que en todas las generaciones mostró la misma grandeza de alma, construyó una iglesia tan gallarda, tan hermosa, tan fuerte y vasta, que fué espejo de la fe y de las virtudes de Granollers, gloria y magnificencia de la ciudad donde habían vivido tantas generaciones, con sus ilusiones y alegrías, que habían cristianizado los retoños fruto de los efluvios familiares, que habían elevado tantas plegarias en la conmemoración de las fiestas del año cristiano, y que habían rendido el postrer adiós, en el traspaso de este mundo, en el Templo de San Esteban; pues esta iglesia, que tan delicados recuerdos ha dejado a tanta humanidad, ha desaparecido. Vino una raza de herejes, de gente que tenían por lema «su patria el mundo, su familia la humanidad», que no sentían la nostalgia de las virtudes religiosas, patrióticas y morales y que por tanto se sentían extranjeros en todas partes, que tuvieron por especial prurito, por aspiración magna de su triunfo y de su gloria, no el reducirla a cenizas, que hubiese tenido la atenuante de ser fruto de unos momentos de arrebato o de obcecación del ánimo popular, excitado por sus dirigentes, sino el que, con la agravante, por lo tanto, de la premeditación, la piqueta demoledora fuese deshaciéndola paulatinamente, piedra tras piedra, convirtiendo la argamasa en polvo, abriendo las bóvedas, destruyendo los contrafuertes ciclópeos para que dejaran de accionar, y reduciendo, en fin, aquella altivez religiosa del templo a la nada, en un solar. No comentemos tanta calamidad; Dios es justo; vivamos los momentos presentes: No tenemos Templo parroquial. Quedó un campanario que se salvó por el solo mérito de tener un reloj; nosotros decimos que quedó, cual mojón, para recordarnos a los hijos de Granollers, a los que tenemos las virtudes, de que carecían los que la destruyeron, que allí existía la Iglesia, y que el campanario ha de ser la raíz que ha de inyectar la nueva savia para que fructifique nuevamente el Templo, el campanario ha de volver a desempeñar la función propia de llamar a los fieles y de expresar los sentimientos de la Iglesia. Aquellos muros desaparecidos se han de levantar con mayor altivez; hemos de ver pronto los moldes de los arcos de las bóvedas que han de cobijar el templo; la vidriería azulada ha de destellar nuevamente sus haces de luz; en una palabra, hemos de dar el culto que Dios se merece en la forma digna y justa de su Iglesia. Si la espada del Caudillo ha abierto las iglesias españolas, también ha abierto la de Granollers, y no podemos consentir los granollerenses, los ciudadanos de la ciudad que tanto amamos, que esté falta de Templo parroquial. Basta de interinidades y provisionalidades: nuestra Iglesia en un cine, no se puede concebir más que en un momento determinado, pero la iglesia no debe subsistir en un lugar que no mueve a devoción, a piedad, que no concentra y eleva el espíritu, y que para muchos suscita varios recuerdos y que nunca concebiremos con la pureza que la casa de Dios requiere. Después de dos años y medio, no podemos permanecer como católicos en esta inactividad, es preciso elevar los corazones y ponerse al trabajo, no podemos pasar más tiempo comentando nuestras desventuras, serenidad en la inteligencia, meditación en la seriedad del asunto, recordar el carácter con que poseemos nuestros bienes, y que por tanto nuestra actuación debe ser constante, no debemos acordarnos de nuestras obligaciones espirituales en el acto de otorgar testamento en nuestros últimos momentos, que sólo cargamos de obligaciones a los demás y por tanto no sabemos hasta dónde nos aprovecha, es un trabajo que debe ser personal y de ahora; no podemos confiarlo a nadie; hemos de ser fuertes para hacer lo que otros destruyeron; ha de ser una colaboración unánime de todo el pueblo; el que tenga bienes, ya que Dios se los ha dado, en proporción a sus posibilidades, tiene la obligación moral de contribuir al levantamiento del Templo; el que no los tenga debe poner su trabajo, que no hay nada más digno y más honroso que el trabajo cristiano, ya que el que trabaja para ganar la vida material también ha de trabajar para ganar la vida eterna, y el trabajo también es un medio, un camino, un mérito y también una oración; el trabajo es la escalera de la Fe, y quien trabaja en cristiano, confía en la Providencia, y quien tiene esta confianza debe emplear sus esfuerzos en levantar la casa de Dios.

Es un tema muy agotado el reverberar aquellos tiempos rojos en que a una sola orden de quien no tenía autoridad se daba todo y si no tenía, se buscaba; aquello pasó, empero; si aquello era una fuerza material que no podíamos eludir, existe la fuerza moral, la conciencia que clama, «da a Dios lo que es de Dios», porque es suyo; no hay excusas ni pretextos; hay que emular la magnificencia de nuestros pasados, si ellos construyeron un templo, mayores medios tenemos nosotros. Granollers volverá a tener su Templo parroquial. La cruzada ha de ser inmediata; llegaremos; a donde fuere menester; nuestro esfuerzo no ha de desfallecer; hay que espiritualizar este pueblo tan sumido en el materialismo; para ello necesitamos el Templo. El triunfo de la Iglesia que se ha logrado en España por gracia de una visible intervención providencial, lo hemos de seguir; fué una de las reivindicaciones de las Armas libertadoras; después de esta feliz gloria no hemos de cometer el pecado de la ingratitud; no podemos consentir que nuestra ciudad, capital del arciprestazgo, quede rezagada y sea la última de sus filiales.

La poca tarea realizada no ha sido falta de buena voluntad; quizás hemos quedado aturdidos por la grandeza de la empresa, el cúmulo de dificultades que acarreará su iniciación, pero no es motivo suficiente para rendirnos y dejarnos llevar por la displicencia a la cobardía, ya que tampoco es una gesta imposible; otros nos han precedido; gestas grandes ha realizado nuestra Patria y de todas, con la ayuda de Dios, ha salido triunfante: Lepanto, Clavija, América, nuestra guerra de liberación, etc., etc; y por eso decimos: **Auxilium Christianorum**, adelante, que Dios no nos dejará.

ALBERTO COMPTÉ  
Abogado